

ANTONIO.

¡Oh! me fascinas y me deslumbras. Dejémosnos, Probo, de combatir. La vida es corta. Quiero gozar. Vámonos, Cleopatra.

PROBO (*acariciando un puñal*).

Me lo regalaste en Filipos. Lo guardo para tí, para tu manceba y para mí. Enemigo de Roma, amigo de Cleopatra, puesto que en ello te empeñas, irá tu carta al astuto Octavio, y el astuto Octavio te dará en cambio la muerte.

XV.

ANTONIO (*tendido en el lecho de púrpura*).

Danza en baile seductor como jamás vi bailar en los festines de Roma. Sus brazos se levantan como dos heridas serpientes. Los crótalos béticos resuenan deliciosamente en los huecos de sus palmas, heridos por los dedos de rosa. La cabeza se cae hácia atrás como una flor marchita, y la cascada de sus negros cabellos roza en los talones. Ya se mece como la palma agitada por las brisas del mar, ya se pierde en vertiginosa carrera formando innumerables círculos. El aire que agita con su traje, el aroma que exhala de su cuerpo, la luz y el calor que irradia de sus ojos, perdidos en sublime arrobamiento, encienden, enardecen mi sangre en voraces amores, en inextinguibles deseos.

CLEOPATRA (*después de dejar el baile, se sienta junto á Antonio y canta*).

Era caluroso estío, y la cigarra cantaba, confundiendo su chirrido con el rumor del trillo sobre las espigas y la canción del segador en los áureos sembrados. Mi amante dormía la siesta fatigado y sudoroso. Las ventanas de su cubículo estaban á medio cerrar, y por sus hendiduras penetraba dulce luz semejante á la luz propia de la misteriosa caída del día en brazos de la noche. Podrían compararse aquellos dudosos resplandores al reflejo de los sacrificios en los misterios, al tibio resplandor de la luna en el mar, á la sombra de las selvas en la tarde, á todo cuanto gusta al pudor y enardece á los amantes. Sobre sus párpados entreabiertos se suspendieron esos ensueños que no quitan enteramente la luz, y que dan á las ideas y á las ilusiones inciertos contornos de firme realidad y de etéreos espíritus. Yo aparecí entonces, desceñida la túnica, ruboroso el rostro, dejando caer mis cabellos, semejantes á sombras, en el seno que palpitaba de amor. Corrí hácia él como Semiramís á su lecho nupcial, y le alargué los brazos con la embriaguez con que los alargaba Lais á sus numerosos amantes. Mi ama-

do quiso desceñirme de mi túnica, á pesar de que las ligeras gasas no le ocultaban ninguna de mis gracias. Pero yo me resistí, luchando más que por una victoria odiosa á mis deseos, por la placentera derrota. Acuérdate, romano, acuérdate que no había ninguna mancha en mi cuerpo, ninguna sombra en mis ojos, ninguna duda en mi mente, ninguna reserva en mi enajenación, ningún hastío en mi amor, jamás saciado, jamás satisfecho. Y cediendo al imperio de la naturaleza, nos poseyó el sueño, durmiendo tú en mis brazos, yo en los tuyos, y preguntándonos mutuamente por qué no había de ser eterna aquella siesta.

ANTONIO.

Cleopatra, no recuerdes esas horas, esos placeres, esos trasportes, si no quieres que caiga exánime en tus brazos y que durmamos pronto el último sueño, convirtiendo en sepulcro nuestro lecho.

CLEOPATRA.

Pues hablemos de filosofía; hablemos, por

ejemplo, de la filosofía de Timon de Atenas. Es el más perfecto contraste que puedo oponer á mi cancion de amores. Timon, uno de los ciudadanos más ricos de la Atica, desde los esplendores de la opulencia cayó en los abismos de la miseria. El instinto de hacer bien, de consolar todas las desgracias, disipó rápidamente en leve humo sus sólidos bienes. En cuanto empobreció, todos sus antiguos amigos le abandonaron, y así que alargó á ellos la mano en demanda de algun beneficio, le respondieron tristemente con olvido y desprecio. Timon irritado se volvió á Júpiter diciéndole, al ver la virtud abatida y poderoso el vicio, que sus rayos se habian convertido en apagados tizones. Miope, sordo, no alcanzaba á ver los crímenes de los mortales ni á oír sus lastimeras quejas. Allá, en su juventud, cuando los humanos le faltaban, despedia en tropel sus nublados y los anegaba en espantoso diluvio, mientras que en su vejez le robaban los ladrones su corona de oro en Olimpia, y ni siquiera tenia fuerzas para despertar á los perros y mandarles que ladrasen. Así que no era mucho que viese á los antiguos amigos de Timon pasar junto á este bienhechor mirándole como mirarian rota columna de antigua tumba, y no los persiguiese y los probase con sus

divinas iras. Y era para llorar el ver al viejo filósofo vestido de pieles, con el azadon del trabajo en la mano, frio y escuálido como la muerte, ganando por toda soldada dos óbolos diarios. Su gran desgracia por fin hirió al dios de los dioses, al señor de los nublados, aunque Júpiter rara vez convertia su atencion á la Atica, porque solamente le llegaban de allí fórmulas de filósofos en vez de oraciones de creyentes, y un día que recompuso en el monte Etna sus despuntados rayos para asestarlos á la cabeza del pensador Anaxágoras, bastante audaz para negar la existencia de las divinidades del Olimpo, no dió en la parte amenazada, sino en los techos de sus propios templos. Pero le habia consagrado Timon tantos sacrificios, que todavia guardaba el humillo en las narices y el recuerdo en la memoria. Así es que llamó á Pluto y le mandó ir á enriquecer nuevamente al desgraciado. Mucho le dolia al cojo dios de las riquezas volver á entrar en casa de donde con tal facilidad le arrojaran, cuando todos se pierden por conservarlo y retenerlo bajo llaves y dobles cerraduras. Pero al cabo fué, á pesar de que Timon habia llegado á despreciar tanto á los hombres como á los dioses, y le enriqueció nuevamente. Así que supieron sus menos-

preciadores semejante cambio, se trasformaron de súbito en sus devotos, corriendo á requerirle de amistad y á mostrarle el antiguo olvidado entusiasmo. El primero que aparece es Guathonides, famoso parásito, incapaz de saludar á su protector en la miseria, y luego en la inesperada prosperidad preguntándole por la sala del festin y el ánfora del vino; el segundo es Philiades, de la misma tribu del filósofo, y que iba á darle un talento precisamente á la hora misma de saber su felicidad; el tercero Demeas, que olvidara hasta el nombre de Timon, y luego propusiera para él en la plaza pública los honores reservados á los héroes; todos con la sonrisa en los labios y las ofrendas en las manos, como los devotos en los templos, pero todos recibidos á palos, porque Timon conoció á la naturaleza humana, y se encerró en aislada torre, decidido á no departir con los hombres y á contemplar como único lumínar el propio pensamiento en la inmensidad de su conciencia.

ANTONIO.

Cleopatra ¿no eres feliz á mi lado?

CLEOPATRA.

Completamente feliz.

ANTONIO.

Pues en la felicidad no debe recordarse nunca el cambio de la humana suerte. ¡Oh! Si ahora pudiéramos detener el tiempo, clavar á nuestro lado la rueda de la Fortuna!

CLEOPATRA.

Hablaremos de cosas más altas. Elevaremos los ojos al cielo. Yo estudié la astrología con los maestros caldeos en la inmensidad del desierto, á esas horas sublimes de la noche, en que los astros son tan numerosos como las arenas, y las arenas tan brillantes como los astros. Yo entonces seguía atónita por los cerúleos abismos el vuelo de esas abejas de oro que depositan en la inmensidad la miel de nuestra vida, y ni los cánticos de la caravana errante, ni las esquilas de los ganados conducidos al oasis, que interrumpian el silencio de la noche, pudieron interrumpir jamás la solemnidad de mis meditaciones. Después, durante el día, contemplaba las fórmulas astronómicas en los ladrillos trasportados de Babilonia, y anunciaba á las gentes maravilladas la hora precisa en que la blanca luna se vestiría de negro luto. Cuánto

trabajo nos ha costado mostrar á los maestros que la reina de la noche tiene luz prestada, y que sus eclipses provienen de la sombra de nuestra tierra, pues creían explicar este desmayo de luz por gigastesco dragon, extendiendo las garras sobre su plateada superficie para devorarla como la araña á la mosca. En bien temprana edad, todavía niña, comencé á estudiar sobre las rodillas de los Ptolomeos los saros, período de diez y ocho años, á cuyo término vuelven á reproducirse con uniformidad los eclipses, conociendo además la diferencia entre las horas equinociales y las horas civiles. Y á veces me parecia que las estrellas se desprendian de los cielos, y contaban el tiempo como las gotas de mi Klepsidra, murmurando al pasar secretos de lo porvenir, misterios del destino. Yo sé cuáles son los astros intérpretes, los astros reveladores, todos relacionados entre sí por la armonía de sus movimientos, y todos presididos por el principal de ellos, por el sublime Kronos. Llámense los astros intérpretes, en el comun lenguaje, planetas, y lleva cada uno sobre sí treinta estrellas que todas las semanas bajan de las regiones inferiores para traernos ideas y aromas de los cielos, como en torno nuestro hay otras estrellas no ménos luminosas, aunque invisibles, á

nuestros ojos de carne, para llevar á los cielos ideas y aromas de la tierra. Así es que en esas inmensas tablas de zafiro tachonadas por jeroglíficos de oro, que llaman cielos, leemos nosotros la suerte de los mortales y adivinamos la estrella que surge en el Oriente para acompañar cada cuna y la estrella que se sumerge en el ocaso para acompañar la triste sepultura.

ANTONIO.

Cleopatra, léeme mi horóscopo.

CLEOPATRA.

Antonio, eres inconstante como un griego.

ANTONIO.

¿Por qué?

CLEOPATRA.

Porque has dicho que no querías saber mudanzas de la suerte, y ahora deseas interrogar el destino, esa continua mudanza, esa eterna transformacion.....

ANTONIO.

Basta. Es verdad, Cleopatra, no sabemos nada de lo porvenir, cuando tan venturoso es lo presente.

CLEOPATRA.

Sobre todo, cuando te acercas á mirar ese abismo abierto á nuestras plantas, el abismo de la muerte, adivinas que todos allí hemos de parar por virtud de las fuerzas destructivas de la Naturaleza y allí todos hemos de regenerarnos por virtud de sus fuerzas vitales y creadoras. La esencia de nuestro sér, ese aroma escapado del ánfora de este nuestro cuerpo, irá á través de los organismos sucesivos á residir en la planta, en el animal acuático, en el terrestre, en las aves, hasta elevarse, como una espiral de blanquecino humo en el ara sagrada, á otras superiores infinitas regiones, llegando á su plenitud de vida, después de mil años de sucesoras metamorfosis, en que se haya desceñido y despojado por completo de sus antiguas formas. Muchas veces, si mirais con atención una estrella, vereis que os corresponde, que os llama, que os atrae como dicién-

doos mudamente vuestro origen y vuestro destino; venir de allí como vienen los rayos de la luz, replegarse allí como allí se repliegan los rayos de la luz. La muerte sigue á la vida en este mundo, y luego que hayais reposado en el sepulcro, la vida seguirá á la muerte. Si sólo hubiera muerte, el Universo entero se dormiría una vez para siempre como se durmió Endimon en los bosques. Vivir es recordar otro mundo. Morir es en otro mundo nacer. Antes de volver al cielo, si hemos sido perezosos, vejetaremos en un árbol; si músicos, ascenderemos á la garganta de melodiosas aves; si sublimes, nos perderemos con las águilas en las ethéreas alturas, si sociales y buenos, zumbaremos en el enjambre de las abejas y destilaremos miel para dulcificar la vida universal. Y la muerte.....

ANTONIO.

Háblame en buen hora de la muerte, si la muerte ha de tenernos por siempre unidos bajo sus negras alas. Pero si la muerte ha de separarnos, ¡oh! no me hables jamás de la muerte; no quiero recordarla, no quiero creer en ella; la niego, ó cuando ménos la desprecio.

CLEOPATRA.

Si las ideas filosóficas te hastían, podré recitarte algunos versos de los antiguos poetas griegos; la descripción de Colonna, con su blanquecino suelo, sus aligeros caballos; de bosques donde los mirtos crecen y los ruiseñores cantan; de florestas ricas en olientes narcisos y en áureo azafraán, con que se coronaban las antiguas diosas; fecundada por el claro arroyo del Céfiso que en tortuosas serpientes de cristal se divide y por varios lechos se desliza; tierra sagrada del centenario olivo protegido por la severa Minerva de azules ojos; tierra en cuyos senos duerme tranquilo Baco y danzan ligeras las hermosas Musas.

ANTONIO.

Háblame de tu ciencia, de la que verdaderamente luce en estas misteriosísimas regiones; háblame de la Magia.

CLEOPATRA.

Yo soy maga. Yo tengo encerrados en mis pomos de oro fecundos rayos del sol, y en mis po-

mos de plata mustios rayos de la luna. Yo poseo la magia blanca, con cuyos conjuros se fuerza á los dioses á descender sobre la tierra y auxiliar á los mortales; y tengo la magia negra, que penetra en las tinieblas y aperece los filtros contra los genios del mal. Yo conozco el himno caldeo al sol, con cuyas estrofas los encantamientos se disipan y los vampiros se alejan.

ANTONIO.

Me dan frío esas evocaciones.

CLEOPATRA.

Dejémonos pues de ciencias, y emprendamos otros ejercicios más gratos á la vida. Si quieres, engancharé yo misma mi cuadriga, compuesta de cuatro caballos apacentados á las orillas del Bétis, y citaré á todos mis rivales para arrancarles una vez más el premio en estas difíciles contiendas y ceñir nuevas palmas á mis sienes. Si quieres, me encerraré en las jaulas con mis tigres y mis leones de Numidia, y vendrán á lamerme sumisos las plantas al mandato de mi imperiosa mirada. Si quieres, disolveré la perla más bella, el

precio de un reino, traida de la India y encontrada entre los despojos de los reyes de Armenia, y la disolveremos en vinagre de Campania, y nos la beberemos de un sorbo. Cuanto quieras hará por tí, por verte gozoso, tu Cleopatra, que así cogerá el plectro para tañer la lira de oro, como la espada para bajar desnuda á combatir con los gladiadores, si puede darte un momento no más de satisfaccion y de gozo.

ANTONIO.

Yo sólo quiero tu amor. Con ese bien, con ese lauro tengo bastante para no desear ni más gloria ni más bienes. Poseyéndote, poseo el Universo. Todas las delicias que tú guardas, todas las ciencias que tú sabes, todas las artes que tú inspiras, toda la magia con que tú hechizas, forman otro mundo mejor que este pobre mundo...

CLEOPATRA.

No, no te creo.

ANTONIO.

¿Por qué?

CLEOPATRA.

Porque el amor habla ménos y hace más.

ANTONIO.

¿Qué quieres que yo haga? Dilo.

CLEOPATRA.

Olvidarte de Roma.

ANTONIO.

Imposible.

CLEOPATRA.

Imposible, porque en Roma vive Octavia. ¡Traidor! tu cuerpo está entre mis brazos, pero tu pensamiento está sobre el solitario lecho de tu esposa. Y como Cleopatra te ha entregado todo su ser, ya te disgusta Cleopatra. Tu amor antojadizo vuelve nuevamente hácia Italia sus deseos. Dioses infernales, que el sueño no se pose en sus párpados, que el remordimiento le muerda hasta en las entrañas, que el afeminado Octavio le venza y le deshonne, que los esclavos le insulten, que las mujeres le aborrezcan, que el orco le reciba, y desde allí me vea en los eliseos cam-

pos, me desee y no pueda obtenerme; que si la muerte no fuera débil castigo á sus crímenes, le hubiera arrancado el corazón para dárselo á mis perros.

ANTONIO.

Cleopatra, Cleopatra! Por tí dejé las riberas de Grecia. Por tí he suspendido la guerra con los parthos. Por tí he repudiado á Octavia, repudiando con ella la fortuna. Por tí me declarará mi propia ciudad la guerra, y no crees en mi amor.

CLEOPATRA.

No.

ANTONIO.

¿Qué sincera prueba de amor deseas?

CLEOPATRA.

Deseo que dividas tus maravillosas conquistas entre mis hijos.

ANTONIO.

Me pierdes...

CLEOPATRA.

Y dice que me ama! Voy á vestirme de luto como si te hubieras muerto. (*Se aparta del lado de Antonio*). Jamás volveré á tu lecho. Estoy viuda. Para siempre; para siempre separados.

ANTONIO (*levantándose y cayendo en sus brazos*).

¡Oh! Soy tu esclavo. Manda.